

## DERECHO ECONÓMICO

CORM, Georges, "Les coûts du redéploiement industriel". *Le Monde Diplomatique*, enero, 1980, París.

Este artículo de un conocido especialista en problemas energéticos y financieros, busca profundizar el análisis del papel que la actual crisis energética —como proceso continuo desde por lo menos 1973— tiene en el desencadenamiento, el refuerzo y el financiamiento de un proceso de redespigue industrial en que están actualmente empeñados los países desarrollados de Occidente.

Las crisis energéticas de 1973 y 1979 reproducen un *escenario* similar. Desencadenadas por acontecimientos políticos (Guerra de Yom Kipur, crisis iraní), las alzas en los precios de los hidrocarburos revelan los desequilibrios latentes del mercado energético internacional que tienden a identificarse con el de los países industrializados. Las alzas son aprovechadas por las transnacionales que buscan y logran superbeneficios a costa de productores y de consumidores. Al mismo tiempo, la OPEP es acusada por los grandes órganos informativos de los países industrializados como responsable de una crisis económica ante la cual se muestran impotentes los gobiernos y grandes empresas de los países desarrollados.

La realidad que el autor constata como uno de los resultados de la crisis es la impotencia continuada o agravada de los países productores y exportadores de petróleo (PPEP). Sus frágiles economías son duramente probadas por las alzas desordenadas y espasmódicas del valor de sus exportaciones, y parecen carecer de instrumentos para enfrentar la crisis energética. La abundancia petrolera demuestra ser un regalo envenenado. El margen de manobra de la OPEP en política interior y en política internacional se evidencia más reducida que nunca, en el cuadro de un medioambiente mundial respecto del cual cada vez tienen menos capacidad de acción.

Es útil recordar que los países miembros de la OPEP pertenecen a África, Asia y América Latina, los tres continentes del subdesarrollo. Su población total de 305 millones de personas consume sólo una décima parte de su producción de energía, equivalente a menos del 7% del consumo norteamericano para una población de los Estados Unidos inferior en 90 millones de habitantes. Dado el ritmo de agotamiento de sus recursos energéticos, los países de la OPEP se verán privados en 20 a 40 años de energía de fácil acceso y que no exige técnica sofisticada, es decir, el factor fundamental para toda industrialización.

Los países de la OPEP pueden ser los grandes perdedores de la llamada "crisis petrolera", y los países industrializados los grandes ganadores. Estos

estarían lanzados en la realización de una gigantesca operación de despliegue industrial a escala internacional, que implica la diversificación de sus fuentes de energía, y el amortiguamiento de la depresión económica a través de contratos de entrega de armamentos y de fábricas "llave en mano" con países del "Tercer Mundo" posibilitados por la desagregación y el incremento numérico de los mecanismos internacionales de crédito.

En esta coyuntura de transición, los países de la OPEP tienen un papel fundamental: son clientes importantes por su ingreso petrolero para las grandes industrias de los países desarrollados. Algunos de los PPEP proveen masas financieras que la banca internacional recupera para multiplicar operaciones de crédito a los países del Tercer Mundo que se han industrializado suficientemente como para volverse consumidores permanentes de tecnología importada. En cierta medida, los PPEP de mayor ingreso complementan o substituyen a los países centrales en los mecanismos de ayuda oficial al desarrollo. Hasta cierto punto, redistribuyen una parte de la abundancia petrolera al "Tercer Mundo" por el uso que hacen de mano de obra de los países pobres.

Por esta combinación de mecanismos y procesos, los países de la OPEP asumen un papel fundamental en la transición del mundo industrializado, de una era de energía barata, a otra de energía costosa y técnicamente sofisticada. Si no se puede excluir la posibilidad que ciertos países petroleros del "Tercer Mundo" mejoren su posición en la escala internacional de los ingresos, la mayoría de los países de la OPEP siguen compartiendo ciertas características negativas: represión de sectores agrícolas; generalización de puntos de estrangulamiento en la economía; inflación; exageradas tasas de urbanización; crisis de vivienda; ausencia de diversificación económica y continuidad de la dependencia de la exportación de hidrocarburos; aceleración del ritmo de destrucción de las estructuras tradicionales, sin que las estructuras modernas absorban los excedentes demográficos que de aquéllas derivan.

Los PPEP que acumulan grandes excedentes financieros en los circuitos del sistema monetario internacional, como Arabia Saudita y Kuwait, encuentran difícil escapar a la dependencia financiera y política. El sistema está dominado por el dólar y los bancos de Estados Unidos. Los haberes financieros de los PPEP se funden por la inflación y la erosión del dólar.

Los países de la OPEP se han visto desfavorecidos durante largo tiempo por las condiciones de funcionamiento de la economía internacional. Dado que los precios petroleros no aumentan de manera regular pero moderada entre 1950 y 1968, dichos países no pudieron realizar sus esfuerzos de desarrollo de manera coherente y a largo plazo. El estancamiento de los precios del petróleo entre 1950 y 1968 los paraliza en su crecimiento. La brusca

alza de precios de 1973-74 se da en un medio caracterizado, para la mayoría de los miembros de la OPEP, por el subequipamiento generalizado en infraestructura y por la ausencia de tejido industrial. De allí los despilfarros, los fabulosos sobrecostos y los innumerables puntos de estrangulamiento que engendran el nuevo aflujo de ingresos y el deseo legítimo de los gobiernos de superar lo más rápidamente posible el retraso económico y social de sus países.

Los miembros de la OPEP sufren una doble limitación. Por una parte, dependen de la exportación de una sola materia prima para su obtención de divisas, con todas las distorsiones y riesgos que ello implica. Por la otra, exportan una materia prima no reproducible pero que hace a la esencia misma de la industrialización y por lo tanto del desarrollo: la energía de hidrocarburos. De allí también una doble inquietud. Primero, los mecanismos actuales de transferencia de tecnología que monopolizan las empresas transnacionales, aseguran cada vez menos la industrialización auténtica de países que sufren de subequipamiento generalizado. Segundo, el precio de esta industrialización, en la medida que la misma se cumple, debe ser pagado con un recurso energético que es indispensable para ella. Los países de la OPEP podrían verse obligados a pagar a los países industrializados en el siglo XXI, a muy altos precios, la tecnología de fuentes de energía diferentes a los hidrocarburos, y al mismo tiempo deberían alimentar y reconvertir aparatos industriales basados en un consumo intensivo de energía provenientes de dichos hidrocarburos.

La crisis petrolera parece haber sido una advertencia a los países industrializados, que los indujo a iniciar, aunque de modo lento y contradictorio, un proceso de reconversión de sus economías, que incluye una gama de progresos técnicos y la restructuración de los aparatos productivos en beneficio exclusivo de la economía de esos países. Por el contrario, los países de la OPEP irían saliendo de la misma crisis en una situación más vulnerable que antes. No se ha dado hasta el presente ninguna reforma del orden económico internacional, ninguna realización concreta de signo positivo. El control y la gestión de la economía mundial siguen siendo el monopolio de un club cerrado de grandes Estados industrializados. La riqueza energética parece volverse cada vez más una materia prima internacional de valor estratégico, de la cual los países productores-exportadores no pueden disponer a su grado y criterio, y por la cual los países industrializados parecen dispuestos a ir a la guerra si se trata de evitar un peligro de privación colectiva por la acción conjugada de los primeros. Países como Arabia Saudita se ven obligados por los Estados Unidos a impulsar su capacidad de producción mucho más allá de sus propias necesidades reales, y acumulan excedentes financieros que sirven de rehenes suplementarios a dicha po-

tencia y a los países industrializados. Los mecanismos existentes de transferencia de tecnología imponen a Irán, Arabia Saudita y países similares, un modo de desarrollo que no consolida su equilibrio socioeconómico y al contrario puede contribuir a desencadenar cataclismos políticos.

La crisis iraní replantea el esquema de la transición con el cual los países de la OPEP juegan un papel fundamental para la reconversión de las economías de los países industrializados. En reacción contra las coacciones económicas (alza de precios de los productos manufacturados, transferencia de tecnologías costosas e ineficaces, erosión del poder de compra del dólar), los países de la OPEP buscan sacar el máximo provecho de la tendencia a la subida de precios de los hidrocarburos, sin que ello les permita resolver sus problemas económicos, sociales y políticos internos. Esta constatación, y el valor de ejemplo que presumiblemente asumiría el proceso reciente de Irán, pueden llegar a traducirse en más anulaciones de concesiones y contratos, reducciones de producción, congelamiento de fondos, y todo ello a su vez intensificar las dificultades de la economía internacional. El combate desigual entre los países industrializados y los miembros de la OPEP amenaza con llevar dicha economía a una parálisis catastrófica.

Marcos KAPLAN

SAINT-GIRONS, Anne, "Problématique de la transition au socialisme dans les pays libérés". *Revue Juridique et Politique*, núm. 3, julio-septiembre de 1979, pp. 285-294, París, Francia.

Con el enfoque marxista-leninista y apegado al método del análisis marxista, este artículo pone de manifiesto el papel errado de la pequeña burguesía tercermundista en el proceso de transición pacífica hacia el socialismo; explica así los desengaños y fracasos que este desviacionismo "oportunistista" (=hacia la derecha) engendra en muchos de los países recién independizados que han escogido la vía socialista del desarrollo.

### *¿Un socialismo específico para el Tercer Mundo?*

Las tesis actuales sobre la "vía no capitalista de desarrollo" y las posibilidades de transición pacífica hacia el socialismo proceden de dos tradiciones teóricas opuestas, que han convergido. La primera, nacida en Europa durante el siglo pasado, brotó directamente de las ilusiones utopistas relativas al contenido socializante de las comunidades campesinas precapitalistas, y, transportada en el continente africano, fundamentó la tesis del "socialismo

nacional". En los países que apelan oficialmente al socialismo, la tradición idealista se ha enriquecido con elementos de la tradición opuesta: la del "socialismo científico", e invoca la tesis de Lenin sobre la posibilidad de "saltar" la etapa capitalista. La combinación de estas dos tradiciones opuestas —que se han juntado en el seno de una tercera corriente, nacionalista ésta— ha engendrado nuevas tesis sobre la transición hacia el socialismo, que permiten definir una fase intermedia: la de la edificación nacional y preparación de las condiciones materiales para la construcción del socialismo. Esta fase del desarrollo social será la "vía no capitalista" en el marco del "Estado de orientación socialista".

### *El Estado de orientación socialista*

El concepto de "Estado de orientación socialista", elaborado por el Movimiento Comunista Internacional en los años 1960-63, designa una nueva categoría de Estado que no es burgués ni proletariano. La Carta Nacional argelina de 1976 lo define como "un Estado de tipo nuevo, el Estado socialista, de contenido democrático y popular", que se apoya en "los trabajadores —manuales e intelectuales—, los campesinos, los soldados, la juventud y los elementos patrióticos revolucionarios". Pero —destaca la autora—, el calificativo de Estado "socialista" que se auto-otorga Argelia constituye una "verdadera usurpación", puesto que no se abolió el modo de producción capitalista en la República Argelina Democrática y Popular: es una confusión frecuente entre formas jurídicas de propiedad y relaciones de producción.

En esta fase intermedia, definida como la de "la orientación socialista", el Estado ejerce una "dictadura democrática" —a falta de dictadura del proletariado que la casi inexistencia de la clase obrera, en los países recién independizados, hace imposible—, mediante la única fuerza organizada y capaz de imponer su hegemonía: el ejército, encargado de asentar las estructuras estatales y partidarias civiles de las masas. Así es como la transición se lleva a cabo pacíficamente, a partir de la etapa intermedia que sigue inmediatamente a la de la lucha de liberación nacional, para desembocar en el socialismo, sin pasar por la dictadura del proletariado.

Sin embargo, la experiencia ha demostrado la ineficacia de esta transición pacífica (Ghana, Mali, Egipto, etcétera). En realidad —prosigue la autora—, precisa remontar hasta el nivel teórico, pues, el error deriva directamente "de una deformación oportunista de derecha en el seno de la tradición marxista-leninista, aliada con una deformación oportunista de izquierda que mantiene la ilusión sobre la voluntad de los demócratas revolucionarios (en el poder) de llevar el proceso de liberación nacional hasta la realización de la revolución proletariana".

### *La caracterización de la fase de transición*

El error teórico, de carácter económico, consiste en asimilar las relaciones de producción con formas jurídicas de la propiedad de los medios de producción.

En los países de orientación socialista, el error teórico concerniente a la posibilidad de edificar el socialismo *antes* de la toma del poder por el proletariado deriva, en primer lugar, de un análisis deformado de la tesis leninista de la vía no capitalista, y, principalmente, de un error relativo a la caracterización de la etapa del desarrollo socioeconómico de estos países.

En efecto, dicha tesis presupone que el país considerado se encuentre en una etapa precapitalizada de desarrollo. Para que sea posible "saltar" la etapa capitalista, dos condiciones son necesarias: la ayuda de países en que ya triunfó la revolución proletariana y la instauración de la dictadura del proletariado, como sucedió en el Asia Central Soviética y en la República Popular de Mongolia —los dos únicos ejemplos conocidos.

Pero, los demás países de orientación socialista<sup>1</sup> no cuentan con la condición esencial que asegura una ayuda económica eficaz del sistema socialista: la proximidad geográfica... , excepto Afganistán. Puesto que no es posible imponer la dictadura del proletariado en la situación internacional actual, a la pequeña burguesía es a quien compete asumir la tarea de dirigir el proceso de transición hacia el socialismo.

Ahora bien, a esta pequeña burguesía, le conviene tomar medidas de expropiación para con los hacendados y la gran burguesía solidaria del capital extranjero. Dichas expropiaciones, junto con la fraseología de los dirigentes —que confunden capitalismo de Estado y construcción del socialismo—, permiten a los teóricos (de la vía no capitalista) afirmar que estos países están encaminados hacia la edificación del socialismo. Ahí es donde radica el error, pues, se trata en realidad "de una transición hacia el modo capitalista de producción, *específica de los países en vía de desarrollo*". Así es como la reforma agraria permite recuperar las tierras sin cultivo de los latifundistas, en vez de realizar una colectivización de los medios de producción; las nacionalizaciones, por su parte, conciernen a las firmas extranjeras únicamente, y dejan intacto el capital nacional.

### *El papel de la pequeña burguesía*

Si bien el error relativo al periodo de transición procede de la deforma-

<sup>1</sup> Transcribimos el texto de la nota 11 del artículo que reseñamos: "(11) En 1978, la lista de los países de orientación socialista es la siguiente: Argelia, Irak, Siria, Yemen del Sur, Afganistán, Birmania, Etiopía, Somalia, Madagascar, Guinea, Benin, Congo, Angola, Guinea Bissau, Mozambique y Tanzania".

ción "economista" que asimila relaciones de producción con formas jurídicas de la propiedad, en cambio el error relativo al papel progresista de la pequeña burguesía se origina en la deformación contraria, "voluntarista".

En el Egipto de Nasser, país de orientación socialista, es donde se manifestó, desde los primeros años del régimen, el proceso de transformación de la pequeña burguesía en burguesía de Estado, que hoy ha llegado a su término con la política del "infitah". Pues —subraya la autora—, es propio de la naturaleza misma de esta nueva burguesía el no poder pasar la etapa de las reformas democráticas liberales; y la fase de transición entre la liberación nacional y la formación de un capitalismo nacional, en forma de capitalismo de Estado, "*no es más que la fase de transformación por la burguesía de Estado de su poder político en poder económico*". Por otra parte, esta burguesía tiende a ampliar continuamente su esfera de explotación, y, en consecuencia, empuja al país en su conjunto hacia el capitalismo; ahora bien, precisamente, la ideología del desarrollo, junto con el nacionalismo, sostiene la hegemonía de esta misma pequeña burguesía. Pasados los años de consolidación de la independencia —periodo en el que la nueva clase dominante necesita el apoyo interior y exterior del movimiento obrero, y en el que puede todavía comenzar un proceso de radicalización que lleve a la edificación de una sociedad socialista, como sucedió en Cuba, frente a "la coalición imperialista"—, dicha clase se integra más y más en el mercado capitalista mundial que le proporciona sus ingresos.

Para evitar este desvío, en los países de orientación socialista que han optado por adherirse al sistema socialista, la fase de transición de la liberación nacional hacia la construcción del socialismo debe ser de corta duración; pero si dicho periodo se estabiliza en una etapa intermedia que se dedica a desarrollar fuerzas productivas, previamente a la edificación del socialismo, entonces es cuando la pequeña burguesía asienta su dominación política, económica e ideológica. En realidad, "no hay etapa en el camino hacia la revolución proletariana". Eso, lo explicaba Lenin en sus "Tesis de Abril" acerca de la necesidad de plantear *sin esperar* el problema de la toma del poder por las clases explotadas y de la dictadura del proletariado, es decir sin permitir que se consolide la etapa democrática burguesa.

La transición hacia el socialismo —concluye la autora—, sólo se llevará a cabo "después de una lucha revolucionaria entre las clases fundamentales recién creadas, y no mediante un hipotético 'suicidio' de esta burguesía de Estado, siempre que la situación mundial, dominada por la coexistencia pacífica y la participación del mundo, lo permita".

SCALABRE, Camille, "Deux annés d'indépendance à Djibouti". *Revue Juridique et Politique*, núm. 3, julio-septiembre de 1979, pp. 330-336, París, Francia.

"Costa Francesa de los Somalíes" desde 1896, convertida en "Territorio Francés de los Afars e Issas" por la ley de 3 de julio de 1967, la actual República de Jibutí optó por la independencia mediante el referéndum de 8 de mayo de 1977 —independencia proclamada el 27 de junio siguiente— es decir, mucho más tarde que las demás posesiones francesas de África. Situada a las puertas del océano Índico, Jibutí controla la entrada al estrecho de Bab-el Mandeb; esta situación geográfica le confiere una importancia estratégica considerable.

La joven República (23 000 km<sup>2</sup>, 300 000 habitantes) accedió a la independencia en un contexto regional muy perturbado: una revolución estalló en Etiopía, Estado limítrofe, que pronto se encontró en conflicto con Eritrea y, poco después, con Somalia. Era, pues, imperativamente necesario para la nueva República obtener una garantía militar: el mismo día de su independencia, firmó con Francia un protocolo de cooperación militar, un tratado de amistad y cooperación y cinco acuerdos relativos a la emisión monetaria, gestión del tesoro, aeropuerto, gestión de los bienes dominiales y asistencia técnica en varios sectores.

A los dos años de la independencia del joven Estado, el autor se propone hacer el balance de la acción de los gobernantes jibutíes que han logrado hacer del país, en cierta medida, un elemento de estabilidad en esta región siempre perturbada.

#### *A. Política exterior*

Pese a las afirmaciones solemnes de Etiopía y Somalia que se comprometieron a "respetar las fronteras actuales de Jibutí", la nueva República parecía frágil políticamente —dividida entre las etnias Afar e Issa, de igual importancia numérica—, y con una economía bastante deficitaria en razón de la actividad muy reducida del puerto de Jibutí, a consecuencia de la interrupción del tráfico ferroviario con Addis Abeba. Ante semejante situación, desde 1977, los dirigentes jibutíes, encabezados por el presidente Hassan Gouled, se han esforzado en asegurar al país su lugar en la comunidad internacional, pese a su exigüidad territorial y a su economía naciente, en el seno de esta región agitada que constituye "el cuerpo de África".

Metódica y tenazmente, al proseguir en su intento de "autenticación internacional" de la República que preside, el jefe del Estado logró que su país se adhiriera sucesivamente de la Organización de la Unidad Africana,

Liga árabe, Convención que Lomé, y que, en fin, entrara a las Naciones Unidas. Al mismo tiempo, ampliaba le círculo de los países con los que estableció relaciones diplomáticas: U.R.S.S., Yugoslavia, Rumanía, Libia, en 1978, etcétera.

### *B. Política interior*

En este dominio, la nueva República no podía más que aspirar a edificar una unidad nacional demasiado amenazada, en el pasado, por la rivalidad y oposición entre Afars e Issas. No es, pues, de asombrarse de que un partido único se propusiera reunirlos y representarlos: la Agrupación Popular para el Progreso cuya meta esencial es reforzar la naciente unidad nacional. Así es como, pese a desórdenes locales aquí y allá, poco a poco va afirmándose cierta cohesión nacional, a raíz de una independencia que, al principio, parecía ser una verdadera apuesta. Aunque no es posible asegurar todavía que dicha apuesta saldrá con ventaja, precisa reconocer que el presidente H. Gouled gobierna con prudencia, habilidad y tenacidad, y que ha logrado asentar los primeros cimientos de la nación jibutí.

### *C. Política económica y financiera*

La economía de la República jibutí necesita el respaldo de todos los países y todas las instituciones susceptibles de ayudarla en su desarrollo: se multiplicaron, renovaron y aprobaron acuerdos de cooperación en dominios muy diversos. En el terreno económico y financiero, precisa señalar que la Convención de 21 de febrero de 1978 fijó en 11 millones, la ayuda de Francia para el segundo semestre del mismo año; mencionemos también que la República Federal de Alemania otorgó cinco millones de marcos para el puerto de Jibutí, que la Comunidad Económica Europea financió compras de material para explorar capas de agua, y que, en fin, el Centro de Desarrollo Industrial para los Países Árabes (I.D.C.A.) firmó un acuerdo con la joven República, a principios de 1979, relativo a la creación de una unidad de producción de medicamentos. Todo ello demuestra que los apoyos y ayudas exteriores son muy diversificados, aunque el movimiento de la economía jibutí funciona con cierta lentitud todavía.

Ciertamente —nota el autor—, dos años constituyen un plazo relativamente corto para apreciar las condiciones de crecimiento y estabilización del Estado jibutí. Durante estos primeros dos años de independencia, las codicias exteriores rivales se anularon finalmente, y la cooperación internacional supo proporcionar a la joven República impulsos básicos. Es de esperar, pues, que los esfuerzos que están realizándose confirmen estos primeros resultados alentadores.

Monique LIONS